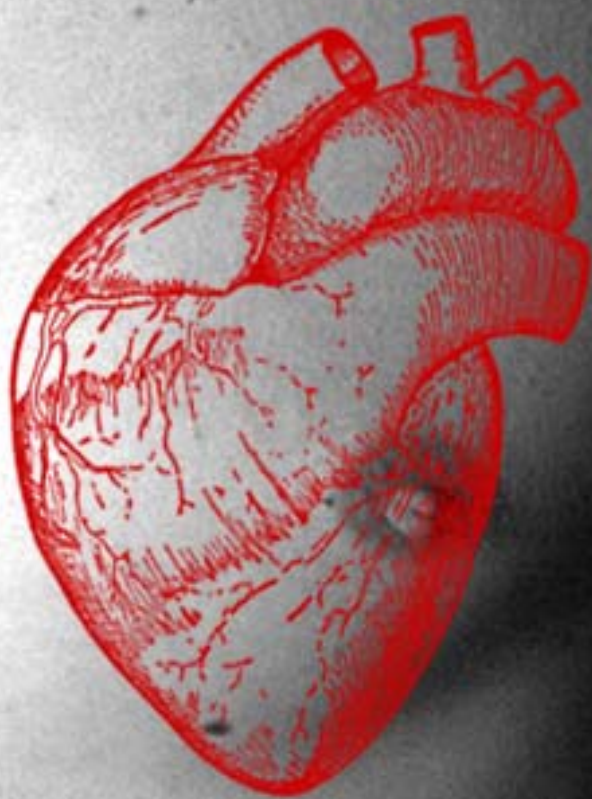


desde dentro

Varios autores



Desde dentro

Varios autores

*Relatos realizados por los alumnos del I Taller de Creación Literaria de la
Biblioteca Pública Provincial de Jaén
(2007-2008)*

© 2008. Varios autores

Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceleste.com)

Difusión de la obra: Íttakus (ww.ittakus.com)



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Millán de Priego, 41, P 14, 1 N

23004 Jaén-España

Tel.: +34 953 08 76 80

www.ittakus.com



Autores

**MARÍA BELÉN ALTÉS COMINO
ROSA CÁMARA LIÉBANA
ELENA CARAZO GALLO
JOSE LUIS CHAVES BARRIONUEVO
JOSÉ CHINCHILLA LÓPEZ
FERNANDO COBO DOMINGO
JOSÉ JUAN FERRÓN MORALES
PEDRO MARTOS ARCOS
JOSÉ MARTÍNEZ SANCHEZ
MANUEL MOLINA ALAMEDA
PEPI PEÑA ARDOY**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
A MODO DE PRÓLOGO	6
ALTÉS COMINO, MARÍA BELÉN.....	7
LA BÚSQUEDA.....	7
¿QUIÉN DECIDIÓ?	8
CÁMARA LIÉBANA, ROSA.....	9
EN DOS MOVIMIENTOS	9
1Kg. DE TERNERA, 2Kg. PATATAS	10
MI HERMANITO	11
ERROR MORTAL.....	12
LAMENTO	13
REFLEJO DE PLATA.....	14
CARAZO GALLO, ELENA	16
EL REFLEJO	16
TERNURA	18
OCASO	19
UN DÍA MÁS... DECISIONES.....	20
CHAVES BARRIONUEVO, JOSE LUIS.....	21
EL GOLPE DE SUERTE	21
VARIACIÓN DE UN MITO	23
CHINCHILLA LÓPEZ, JOSÉ.....	25
LA RUTA	25
DESDE EL SILENCIO	27
MIRADAS	28
COBO DOMINGO, FERNANDO.....	29
LITERATURA EN DOS LATIDOS	29
UNA HOGUERA EN ESTA TIERRA DEL SEÑOR	30
FERRÓN MORALES, JOSÉ JUAN	32
353535.....	32
TIEMPO DE COSECHA	34
CALMAMUNDO Y MUNDODELA.....	36
CALMADELA Y LOS CONVOCADOS	37
MARTOS ARCOS, PEDRO	39
ÉRASE UNA VEZ.....	39
SONIDOS DE RECUERDOS.....	42
UNA TARDE DE DOMINGO	44
MARTÍNEZ SANCHEZ, JOSÉ.....	46
DECADENCIA.....	46
EMILIO MORAL	48
LA MIRADA DE UNA DESCONOCIDA.....	50
MOLINA ALAMEDA, MANUEL.....	52
EL TREN BAJO LA TORMENTA.....	52
UNA RECETA SOSPECHOSA.....	54
PEÑA ARDOY, PEPI.....	56
SENSACIONES	56
SU VIDA EN UN ESPEJO.....	57

PRESENTACIÓN

Entre las diversas actividades de animación cultural que organiza la Consejería de Cultura en la Biblioteca Pública Provincial de Jaén destaca el Taller de escritura creativa. Esta actividad pretende el acercamiento a los libros a través de la creación literaria a todas aquellas personas interesadas en el arte de la literatura.

El desarrollo de este Taller está contemplado como una actividad estable que pretende que los participantes pierdan el miedo a la hoja en blanco y el desarrollo de técnicas básicas para la creación de obras literarias cortas.

Esta iniciativa, debido a la gran aceptación que ha encontrado entre los usuarios de la Biblioteca Pública Provincial de Jaén y a la alta valoración, que por parte de los integrantes y profesores del Taller, ha sido sin lugar a dudas, un gran acierto y ha supuesto un enriquecimiento de las actividades que se desarrollan en nuestra biblioteca.

Una vez finalizada la programación del primer Taller se ha determinado que sería acertado dar a conocer parte de las creaciones que los alumnos han desarrollado como ejercicios prácticos de esta actividad. Estamos seguros que nos encontramos ante los primeros pasos de futuros escritores jiennenses.

No hay que olvidar que para sacar el máximo provecho de las actividades de animación cultural que se desarrollan en la biblioteca, es fundamental contar con el apoyo de otras personas o entidades. En este sentido, quiero agradecer la labor de los profesores Isabel Padilla y Fernando Escribano, pertenecientes a la Asociación Literaria “Lapislázuli”, y también la colaboración de la empresa Íttakus que publica esta colección de relatos a través de su portal *publicatuslibros.com*.

Francisca Company Manzano
Delegada Provincial de Cultura en Jaén

A MODO DE PRÓLOGO

Estamos ante la recopilación de los relatos elegidos por sus autores y autoras para mostrarse por primera vez a un público lector. Estamos ante el escalofrío que produce la publicación de tu obra; estamos ante quien escribe con el vértigo desde donde se escribe siempre, con esa conciencia de lo inacabado. Porque escribir es un proceso siempre inacabado, es un devenir constante a tu propio yo, es la vida misma que atraviesa lo vivible y lo vivido.

Estos textos inacabados, como inacabado está el universo, han surgido del proceso de aprendizaje que se ha generado en el Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública Provincial de Jaén. Los talleres de escritura creativa son una experiencia relativamente nueva en nuestro país. De tradición anglosajona, han sido muchas las personas que se han reconocido como escritoras a través de ellos, y no porque hayan visto publicadas y reconocidas sus obras, sino porque en dicho espacio, han experimentado la magia de la expresión literaria, el entramado de sentimientos que se acarician cada vez que se forja una historia, cada vez que damos vida a un sueño a través de la palabra, que intercambiamos lo escrito.

Los textos que se muestran aquí, son textos únicos, como únicas son cada una de las personas que han compuesto este Taller. Cada uno ha sido minuciosamente acunado por cada autor, por cada autora y a la vez –esa es una de las riquezas de los Talleres de Escritura- ha sido analizado, criticado, corregido, y respetado por el grupo. El resultado es el que cada cual ha querido para su texto.

Desearíamos que quienes se sumerjan en su lectura disfruten tanto como lo hemos hecho quienes hemos dirigido el Taller, conscientes de que están ante la generosidad que supone mostrarse desde el yo, con esa vocación de trascendencia que subyace en quienes escribimos, quienes sabemos que el hecho literario nos lleva a emanciparnos de la realidad, aun corriendo el riesgo de sentir otras vidas, otros mundos como propios.

Isabel Padilla Cerón
Fernando Escribano Bravo
Asociación Literaria *Lapislázuli*

ALTÉS COMINO, MARÍA BELÉN

LA BÚSQUEDA

Tric

Todo estaba en calma, ella subía por el escarpado terreno. La lluvia caía suave y fresca mojando su rubia y lisa melena confundándose con las hojas de los árboles. Poseía una figura esbelta y liviana. Cada paso que daba revelaba un carácter frío delatando una seguridad en sí misma que... Caminó durante tiempo hasta llegar a una pequeña aldea cuya algazara penetró en su corazón incluso antes de acercarse a la primera casa.

La gran plaza estaba poblada por multitud de seres de razas distintas. Todo el mundo sabía cual era su lugar; un lugar donde jerarquías y organigramas jamás habían existido ni existirían. Caminó entre la gente intentando hallar lo que su corazón le dictaba encontrar desde su ya lejana partida. Sus ojos se posaron en un portal destantalado de una pequeña casa iluminada por la tenue luz del sol otoñal. Lo vio allí sentado dejándose acariciar por aquel pequeño calor. Se sentó frente a él, sus miradas se encontraron.

–Te he estado buscando durante mucho tiempo.

–Siempre he estado aquí, esperándote, pero la semilla debe de madurar para poder germinar la planta, para que esté preparada cuando llegue la primavera y pueda salir la flor cuyo aroma viajará con el tiempo.

La noche comenzó a caer sobre la aldea y ellos permanecieron allí, utilizando el lenguaje ancestral que sus ojos obedecían. Hablaron, sonrieron, lloraron. Él le contó que había vivido muchas vidas, que había sido pájaro, eunuco en la corte Otomana, soldado en múltiples batallas... Ella cerró los ojos y encontró la paz, sintió la serenidad y la felicidad del encuentro de lo hallado.

Una luna llena misteriosa y espléndida iluminaba ahora la plaza donde cualquier resquicio de humanidad había desaparecido. El alba llegó veloz, iluminando unos ojos vidriosos. Sabía que debía partir.

Jaén, Junio de 2008

¿QUIÉN DECIDIÓ?

Tric

Son las tres y cuarto de la mañana de una noche cualquiera, de la madrugada de un lunes que presagia una semana con la misma monotonía, desidia y esfuerzo en no dejarme llevar por esta tristeza que ha inundado todo mi ser, absorbiendo toda la vitalidad y vigor de cada célula desde hace un tiempo, que ni siquiera soy capaz de contar. Me he convertido en un ser que no conozco, en otra persona que no soy yo. Las paredes que me rodean se han transformado en espejos cóncavos y convexos que me devuelven una imagen deformada de este cuerpo, grotesca y patética como la de un payaso decadente, aunque me disfrace por fuera para no expresar lo que llevo dentro. Sueño con la cercanía del pasado, la lejanía del presente y fugacidad del futuro. Intento esconder mi semblante con la máscara de una sonrisa, pero sólo consigue esbozar una mueca helada y sin vida. Los ojos que inundaban pasión han perdido el brillo que iluminaban el semblante sereno. Todos repiten la pregunta una y otra vez. Cómo explicar que este dolor que aflora desde dentro, me ha convertido en una marioneta movida por los hilos invisibles de la tristeza, el miedo y la desilusión. Yo no la busco, no la elijo, no la conocía, no formaba parte de mí, no la quiero. Este pequeño gran monstruo se ha apoderado de mí, habita en mi mente, mi cuerpo pero sobre todo se ha instalado en mi alma. Es un parásito que me ha absorbido, y se ha adueñado de mí. Es extremadamente fácil cruzar la línea, mucho más fácil de lo que todos puedan creer. A través de la ventana comienza a vislumbrarse el nuevo día, que presagia un cielo gris plomizo. Si por lo menos fuera cobarde, tendría una excusa. ¿Quién decidió por mí?

En Jaén, a 22 junio de 2008

CÁMARA LIÉBANA, ROSA

EN DOS MOVIMIENTOS

Rosado en Quarta

I

Había una vez un pájaro que heredó el poderoso plumaje de su padre. Conocía perfectamente su hábitat a pesar de no haberlo recorrido nunca volando. El ave viajaba en su imaginación, inventada o sonsacada por los estímulos científicos que lo rodeaban. A pesar de su juventud, todos los miembros de su bandada acudían a él para cualquier consulta. Aprendió todo de los humanos investigando cada objeto que le llevaban. Tanto se esforzó por entenderlos que a veces se creía uno de ellos.

II

Dolores de la Rosa era una mujer de treinta y un años, sevillana y soltera. Después de un pestañeo mientras fregaba los platos, absorbió la luz primaveral que entraba por la ventana. Por inspiración o instinto, se vio cantando como un pájaro. Tres pájaros, como respondiendo a una llamada, asomaron a la ventana de la cocina. Dolores se acercó al reconocerlos. Luego, en un ataque de miedo y desconcierto cerró la ventana súbitamente. Sus ojos quedaron fijos en el cubo de basura. En él, los restos de la cena: huesos de pajarillos y cáscaras de ajo frito.

Biblio, 23-06-2008

1Kg. DE TERNERA, 2Kg. PATATAS

Rosado en Quarta

Víctor acudió a su cita con un papel doblado.

Ella decidió no hacer la cena hasta que él regresara con la compra.

Ya eran las ocho en punto y Sofía, resplandeciente, saludó a Víctor en la puerta del restaurante chino.

-Hola, - le dijo a la vez que sembraba un beso en sus labios- ¿qué es esa nota que intentabas guardar en la chaqueta?

-Nada.

-Enséñamela te digo.

Víctor obediente y tembloroso la mostró.

- ¡Ah! – Respondió Sofía con ese lirismo característico de las clases medias- otra vez tu madre te ha encargado hacer la compra.

02-04-2008

MI HERMANITO
Rosado en Quarta

Me encantan las personas celosas porque muestran un poderoso rechazo inventado; imaginaciones que justifican con un posesivo amor. Yo, una vez no mucho tiempo atrás, fui una de ellas. Aprendí de prisa a defender lo mío. Con diez meses de vida mordí los pies de un bebe. Dijeron que era mi nuevo hermanito y me pegaron brutalmente por llevar en mí ese primitivo instinto primitivo y protector. Con cinco años lo dejé que se ahogara en la piscina. Era celosa, no socorrista.

Jaén 08

ERROR MORTAL
Rosado en Quarta

“Me di cuenta de mi esclavitud cuando hice trizas los papeles del divorcio. A la vez que caían los trozos de papel al suelo, un cosquilleo frío inundó mi cuerpo. Increíble: El amor que nunca le di se me metió dentro. Creía que nunca le había querido. Me sentía como si una fuerza hubiera permanecido en mí oculta y avergonzada. Ahora quiere salir, enloquecida. Quise contener la energía pero era demasiado tarde, me envolvía de tacones a flequillo. ¿Seré yo o será él? Creo que es él. Lleva solo unas pocas horas muerto y ya me ha encontrado. Vendrá a vengarse de mí”.

- Marcos, ¿estás ahí? Si eres tú hazme una señal. – se atrevió a hablar Elena con una voz febril.

Las persianas, de las dos ventanas que iluminaban el salón, se movieron como un látigo enfurecido. Pensó que el camión voluminoso y acelerado que cruzó su casa, había podido provocar el movimiento de las persianas.

-Marcos, ¿eres tuuu? – la mujer, de una delgadez extrema y de profesión amargada, volvió a inquirir. Se hizo un silencio sepulcral, solo roto por su agitada respiración.

Elena trató de mantener la calma en la medida de lo posible y que manera mejor que tratar de distraerse viendo la TV. Pulsó arbitrariamente, el seis, “cuarto milenio”. Quiso cambiar la emisora súbitamente pero el mando se resbaló, aterrizando debajo del sofá. Prefirió no agacharse a buscarlo y decidió salir de casa.

Se dirigía calle abajo, dirección barrio Lomas. Allí vivía su mejor amiga, que había sido su paño de lágrimas los últimos doce meses. Cuando dejó a su marido por el guapo Héctor, creía que por fin sería feliz. Ahora se veía a sí misma como una treintañera viviendo sola y perseguida por su marido muerto.

Al girar la esquina, algo le resultó familiar: un hombre que se parecía mucho a Marcos. Elena suplicó que no se diera la vuelta. Cerró los ojos con fuerza y cuando los abrió tenía al mismo hombre mirándola. Se encontraban cara a cara, a cinco centímetros de distancia.

- ¿Donde vas tan nerviosa?

-A casa de Ingrid.

- Venía a firmar los papeles del divorcio. Es un poco tarde pero quiero acabar con esto de una vez. Llevas mucho tiempo pidiéndomelo. Hoy es tu noche de suerte.

- ¿No te alegras?- dijo Marcos ante la cara inexpresiva de Elena.- Cuando fracasó tu relación con el imbécil de Héctor, creí que tal vez lo nuestro renaciera. Pero en los últimos meses tengo la sensación de estar alargando una muerte inminente: la de nuestro matrimonio.

- He destruido la demanda de divorcio por error. ¿Que me dirías si te digo que te quiero?- Se atrevió a confesar Elena.

- Hoy estas muy rara.

Jaén 08

LAMENTO

Rosado en Quarta

No me preguntes porqué pero hoy eres otra persona.

Hoy te has puesto crema en las manos, puedo notar el olor antes de acercarte. La colonia es la de siempre. Aun así puedo adivinar que has estado en otro sitio antes de venir a verme, aún llevas en el bolsillo el pañuelo con el que te limpiaste. Debiste tirarlo, pero algo lo ató a tu existencia. Te limpiaste las manchas de carmín con él, su aroma es la fuerte presencia de la pasión que estáis viviendo.

No llores, no tienes tú la culpa de que el amor sea cambiante. Vete con ella y dale las gracias, porque siendo ciega, su olor me hizo ver.

Jaén 08

REFLEJO DE PLATA

Rosado en Quarta

Katerina se empolvaba los pómulos frente a su espejo. Sujetaba el utensilio de tocador con la mano izquierda y sin apenas fuerza, a pesar de viajar en una avioneta. Su apuesto novio pilotaba por una zona cuyo nombre ni siquiera venía en los mapas. Ella tampoco se molestaba en preguntarlo. El calor obligó a Katerina a bajar la ventanilla. En una maniobra parabólica, su bien más preciado: el espejito, cayó en algún lugar fuera de la avioneta. La niña perdió el regalo de cumpleaños de su amor. Su novio se lo había regalado tras regresar de una expedición. A ella le gustaba pensar que procedía de la civilización griega por el relieve mitológico que el objeto tenía en el dorso.

El espejito sorprendió a aquella figura humana.

El hombre oyó un golpe seco en el suelo. Se acercó al lugar guiado por aquel ruido, buscó por el suelo. ¿Dónde estaba lo que se había caído del árbol? Encontró un objeto reluciente semienterrado. Lo cogió por el dorso. Sus dedos quedaron prendados por el tacto del bronce. Le dio la vuelta con curiosidad. En un movimiento involuntario de su brazo, se le cayó y el objeto emitió una luz deslumbradora que fue a parar directamente a su ojo derecho. El izquierdo lo tenía cerrado. Se tomó un tiempo para observar la cosa. Decidió que no era peligrosa. Le pudo más la curiosidad que el miedo. La cogió, esta vez sin mirarla fijamente y la llevó a la tribu.

La fue enseñando a los siete jueces del concejo. El hombre, que era el jefe de la tribu de los WiWinchú, observó las sucesivas reacciones de estos personajes. Todo el que miraba fijamente la superficie pulida de la cosa, entraba en trance. El que no gritaba era porque se había quedado sin palabras. El que no lloraba era porque estaba aturdido del trauma. Lo más parecido a una representación suya que hayan visto nunca, eran los garabatos que hacían los niños en la arena. El Jefe cogió a la cosa. Estudió sus dos caras. No entendía porque algo tan inofensivo podía infundir tanto miedo entre los miembros más importantes del mundo. Sí, era raro y único, pero inofensivo al fin y al cabo. No tardó en percatarse de que si la cosa caía en poder de alguien... ¡Su jefatura estaba en peligro! Pero por otro lado, podía ser un obsequio del jefe de otra tribu. Aunque él no lo necesitaba, llevaba una eternidad, causando terror a los demás miembros de la tribu. Pero el objeto causaba tanto pánico como él, o tal vez más. ¿Estaríamos ante la existencia de Dioses? Sea como fuere, él era inmune ante los efectos de la cosa y eso era tranquilizador.

Al poco tiempo, lo bautizó como *cazador de miedo*. Lo usó para noquear a sus víctimas antes de clavarles sus largos colmillos en la yugular.

Diecinueve lunas más tarde, él regresó al lugar donde había encontrado su *cazador de miedo*. Se encontró con dos personajes que caminaban completamente erguidos y además se cubrían todo el cuerpo con extrañas pieles. La pareja, que era la misma que un mes atrás sobrevoló la zona, se volvió

hacia el Jefe y éste vio que no eran más que dos humanos aunque con alguna enfermedad rara en la piel. “Claro, llevaban las pieles para protegerse ya que no tenían piel”- pensó el Jefe. Tenía hambre, así que se acercó a ellos e inició su táctica de caza. La pareja de ingleses intentó comunicarse con el extraño. El Jefe, les mostró el *cazador de miedo*. Katerina reconoció su precioso espejo de plata. Se acercó al Jefe y éste a ella, aunque con agresividad. El novio advirtió el peligro y quiso arrancar el espejo de la mano del extraño. Éste se lanzó hacia el novio como el depredador que era. El novio forcejeó con él hasta atravesarle el corazón con el fino perfil del espejo de plata.

Katerina y su novio volvieron a casa con el espejo, sin advertir la presencia de una tribu aún sin descubrir por la civilización. Ésta, por su parte se libró del vampiro y vivió feliz hasta el fin de los días.

Jaén 08

CARAZO GALLO, ELENA

EL REFLEJO

Elena Carazo G

El polvo que había permanecido estático se ha revolucionado después de estar tanto tiempo en quietud. Aguardaba la promesa eterna del movimiento continuo. Los rayos de sol se filtran por la ventana haciendo visible sus partículas en una loca danza que ahora invade todo el espacio.

Las últimas sabanas que he quitado han sido la del espejo grande. Al hacerlo, mi corazón ha dado un vuelco. Por un momento, me ha parecido ver pasar su figura fugaz y desdibujada; un viento repentino ha entrado haciendo tintinear los tubos del carillón. He cerrado los ojos instintivamente a sabiendas de que todo era producto de mi imaginación - Me pregunto si no estarán atrapados tras su reflejo, las sombras de todo lo vivido.

La casa fue el reino de la soledad más absoluta y éste espejo grande y poderoso, que ocupa el protagonismo de la sala, siempre se mostró desafiante y descarado, ofreciéndonos a quienes nos mirábamos en él, lo que llevábamos dentro.

A partir del día en que Arturo lo trajo, empecé a conocerlo realmente y creo, que también él empezó a mirarme a mí de una manera diferente. Hasta ese momento yo había interpretado su narcisismo, como un rasgo más de su carácter, un poco estridente; justificado por su gran atractivo. Llevábamos un mes viviendo juntos y todo parecía augurar buenos momentos.

Arturo colocó el espejo frente a su sillón favorito, al lado del gran televisor de plasma, delante de la puerta principal - por donde se escapaban nuestros sueños- . Le gustaba mirarse de reojo cuando yo estaba a su lado, pensando que no lo notaría. Me acostumbré a espiarlo. A menudo lo veía frente a él ensayando una sonrisa, una mirada, una postura determinada o ensimismado en un largo diálogo consigo mismo, en el que parecía complacerse. Fue uno de esos días cuando me insultó por primera vez golpeándome con furia en la cara al saberse sorprendido en su comedia.

Admití entonces lo que me negaba a reconocer: Arturo proyectaba imágenes falseadas de sí mismo. Su apertura, su simpatía, su aparente generosidad, no eran más que interpretaciones de personajes que intentaba emular según el ambiente donde se encontrara. Pero al llegar a nuestra casa, se quitaba las caretas y solo quedaba un hombre vacío y petulante, incapaz de querer a nadie.

Había conseguido que renunciara a mi vida y que únicamente me reflejara en él. Estaba sola y desubicada al descubrir la falacia de su amor y la quimera de mis deseos.

Al comienzo del verano, casi a los cuatro meses de vivir allí, trajo una pequeña mesa negra y la situó frente a su sillón. Sacó de su cartera un sobre con polvo blanco y lo puso con cuidado sobre ella. Con su tarjeta de crédito formó dos grandes rayas y con un billete de cien euros, que me mostró ostentoso, hizo un canuto. Se agachó para esnifarlas y me sonrió despectivo, desde el espejo.

Yo ya sospechaba que en ocasiones cuando salía con sus amigos, consumía cocaína, pero no concebía que tuviera el descaro de hacerlo frente a mí, como desafiándome a una batalla de la que él se sabía vencedor.

Los meses se eternizaron mostrándome el vértigo del vacío en el que no dejaba de caer, tras cada reconciliación, tras cada intento baldío de regresar a lo que habíamos sido cuando nos conocimos.

Lo encontré bajo la mesa una noche de tormenta. La cocaína esparcida sobre la alfombra de bambú. Su cara que tiempo atrás había sido bella, estaba envejecida. Los ojos implorantes y asustados parecían buscar una salida desesperada a su temida soledad.

Han pasado más de dos años. Hoy vendrán los posibles compradores. Yo estoy aquí con la única intención de destruir el espejo. No quiero que un mal día, los nuevos inquilinos, se encuentren con alguna mueca nefasta retenida en el tiempo.

TERNURA

Elena Carazo G.

Se hallaba en la frontera de un juego peligroso y deseaba una señal que le marcara otro camino...
Lo halló una noche ruidosa, mirándola desde la ingenuidad de su juventud y una torpe, pero dulce
sonrisa.

Derramó en él las caricias reservadas y amaneció abrazada. Abarcada por unos ojos inmensos,
transparentes y agradecidos. ¡Liberada!

OCASO

Elena Carazo G.

Hacía ya muchos años que él nos había advertido de su poder, pero nadie le creyó. Un día cumplió lo anunciado: Paró el tiempo.

Las plantas dejaron de crecer, los ríos de fluir y las mareas no volvieron a renovarse. El sol se quedó en el horizonte y yo me estoy muriendo como siempre deseé, contemplando un espléndido atardecer eterno.

UN DÍA MÁS... DECISIONES

Elena Carazo G.

Ésta mañana me desperté sabiendo que iba a ser un día estupendo. Realicé mi ritual diario: me levanté por el lado derecho de la cama, el primer pie que posé en el suelo fue el izquierdo. En el espejo del dormitorio, no observé ningún rastro nefasto de las sabanas marcadas en mi cara y las bolsas bajo mis ojos se habían difuminado. Alegre, me dirigí al cuarto de baño. El agua caliente tan solo tardó unos segundos en salir. La ducha resultó estupenda, diez minutos gozosos. El zumo de naranja fue delicioso, el café con leche y las tostadas inmejorables.

Cerré suavemente la puerta de la casa, y mientras me disponía a introducir las llaves, escuché sonar el teléfono en el interior. ¿Quién sería?, miré el reloj, eran las ocho y cuarto, tenía quince minutos para llegar al trabajo. Hoy nada podría estropear me el día, así que lo dejé sonar.

Cuando salí a la calle me dirigí sonriente al paso de cebra. Al cruzar vi a una guapa desconocida haciéndome señas con las manos, en la acera de enfrente. En ese momento un camión me embistió con una fuerza brutal. Mi cuerpo salió despedido unos 10 metros. Oí crujir todos los huesos al impactar mi cuerpo contra el suelo.

Ahora estoy dentro de una ambulancia. La sirena no me deja pensar, estoy realmente desconcertado tratando de reconstruirlo todo. Intentando averiguar cual ha sido el instante en el que se ha torcido mi buena suerte.

CHAVES BARRIONUEVO, JOSE LUIS

EL GOLPE DE SUERTE

José Luis Chaves

Las luces del amanecer empujaban sin demasiada fuerza a la oscuridad, el día se parecía como los anteriores cuando todo cambió, llegó al poblado un grupo de soldados que tomó casi todos los edificios del pueblo. Desde aquel instante todo se volvió oscuro, ruidoso y triste. Al amanecer siguiente, se divisaron en el valle otros soldados, enemigos de los primeros, que en pocas horas asediaron la localidad. El viejo campesino y su esposa marcharon con un ato a la vieja iglesia donde los vecinos se refugiaban en su sótano en caso de necesidad, llegaron los últimos. A la par que cerraron la trampilla, sonaron los primeros disparos. Se sucedieron tres días de ruido ensordecedor, polvo y temblores. En aquel agujero húmedo nadie osaba hablar si no era necesario. Solo se oía, durante los escasos intermedios de silencio, unas letanías que eran segadas por los estallidos de los obuses cercanos.

El cuarto día, a media mañana, el ritmo de los disparos y estallidos fue disminuyendo su intensidad hasta que cesaron. Las ancianas bajaron el tono de sus rogativas, en unos minutos se hizo el silencio absoluto y sintieron la pesadez casi asfixiante del silencio. Nadie intentó moverse, ni siquiera los niños inquietos por el hambre.

Pasadas unas horas, el consejo decidió que alguien tenía que salir para ver si los soldados se habían marchado, habrían de echarlo a suertes. El viejo campesino no era afortunado, de todos los hombres útiles sacó la ficha negra. Con gran serenidad se despidió de su esposa asegurándole que regresaría pronto. Abrió la trampilla lo justo para asomar la mirada. Lo primero que vio fue que la vieja iglesia se había convertido en un amasijo de piedras, maderos y escombros. A unos metros a su derecha, el crucifijo que había coronado el altar desde siempre yacía ahora mutilado en el suelo, el olor a pólvora quemada y a destrucción era muy intenso.

A pesar de su edad el hombre era ágil, abrió la puerta lo necesario para poder deslizar su cuerpo fuera. No había dado un paso cuando oyó el golpe seco de la trampilla que se cerraba. Se tiró al suelo, fue reptando como una serpiente, ocultando su cuerpo de las miradas inoportunas. En la calle, todo lo que alcanzaba su vista era una inmensa ruina sembrada de cuerpos mutilados de soldados. Parecía que se hubieran aniquilado los dos bandos; unos con el uniforme verde, otros marrón oscuro, todos llevaban en su cuerpo las mismas manchas encarnadas de sangre reseca. El viejo quiso asegurarse de que allí no quedaba nadie, inició una ronda por las calles del pueblo. Decidió seguir arrastrándose, al menos hasta que estuviera convencido de que no quedaba nadie con aliento. Los únicos seres vivos que se encontró fueron alimañas rebuscando en el vientre de los cadáveres.

Hacía un par de horas que estaba en la calle, comprobó como las tiendas estaban todas saqueadas. La confrontación había convertido el pueblo en un sinfín de esqueletos de edificios que se sostenían con dificultad. Al llegar a lo que quedaba de la Plaza Mayor vio que en el centro que yacía el cuerpo de un soldado, junto a él una gran caja de cartón abierta que dejaba escapar varias tabletas de chocolate, pan negro y galletas. El viejo estaba escondido tras un montón de escombros, ya había pasado mucho

tiempo desde que salió del refugio, creyó en su suerte para llevar la comida a los niños debilitados. Se incorporó con dificultad y quiso coger la caja. Poco antes de alcanzarla sonó un disparo, luego su eco. El hombre dio dos pasos intentando alejarse y cayó levantando una nube de polvo. De nuevo el silencio.

El francotirador pensó que tuvo un golpe de fortuna: ya tenía otra alma, y no tardarían en llegar más.

VARIACIÓN DE UN MITO

José Luis Chaves

Ifigenia nació para reinar, fue educada por su padre Agamenón para ser la esposa digna de un monarca. Una tarde de verano, la dama reposaba sentada en la terraza de sus aposentos, miraba los acebuches que rodeaban el palacio y que parecían retorcerse bajo el sol plomizo. Dos fornidos soldados hoplitas de la escolta personal de Agamenón se presentaron ante ella:

–Vuestro padre os reclama.- dijo uno de ellos esquivando la mirada de Ifigenia.

–¿Pero no partió a luchar a Troya? Debe de estar ya pisando las tierras de Ilion.

–Si, pero el rey Agamenón nos ha ordenado que la llevemos ante su presencia. Es su deseo desposarla con Aquiles cuanto antes.

A la princesa le costó reprimir el fuerte impulso de alegría ante los soldados, estaba profundamente enamorada del héroe, apremió a las criadas y partió en las horas siguientes.

Llegaron con la luz del mediodía a la bahía donde esperaba la flotilla helena. Durante el viaje, uno de los soldados le había contado a Ifigenia que habían tenido que regresar porque el viento no les era favorable, tras varios días esperando en vano tuvieron que volver remando.

La playa albergaba el campamento, en el centro destacaba la tienda dorada de Agamenón flanqueada por varias hileras de lanzas. A unas decenas de metros de la orilla fondeaban varios navíos de guerra con los remos posados inertes en las aguas calmas. La princesa fue conducida ante su padre. Junto al rey, a su derecha, estaba el oráculo Calcas, era un ser odiado no tanto por sus augurios sino por su poder (coma), que emanaba de la confianza absoluta de Agamenón hacia este personaje oscuro. La princesa se inclinó, algo sorprendida por no ver a Aquiles en la carpa real.

–Aquí estoy, padre, dispuesta a obedecer su voluntad.

–Créeme Ifigenia, jamás pensé que no me alegraría tenerte cerca de mi.

Estas palabras sembraron de dudas el semblante de la heredera, miró luego hacia Calcas que decía una palabras en voz baja al rey, esto la intrigó aún más.

–¡Guardias! Llevadla al bosque y disponed según lo que diga Calcas. –ordenó Agamenón con voz firme pero triste.

–¿Pero qué ocurre, padre? –dijo Ifigenia asustada.

Los guardias cogieron a Ifigenia de los brazos, con una dulzura impropia de los guerreros. Mientras salían, la princesa buscó la mirada de Agamenón sin encontrarla. Una vez fuera, mientras esperaban, ella recuperó la compostura. Dentro de la carpa real, Calcas recordaba al monarca que tenía que cumplir con la voluntad de la diosa Artemisa, debía aplacar su ira por haber matado, días atrás, un ciervo en el bosque de la diosa. De no ser así, Artemisa no les ofrecería el viento necesario para alcanzar las playas de Troya.

A su pesar, el rey cogió la espada, la metió en la vaina que colgaba de un tahalí dorado y se puso el casco, salió y ordenó a la escolta que iniciara el camino. A su paso, todos los soldados del campamento inclinaron su cabeza. Al adentrarse en el bosque Ifigenia comenzó a llorar en silencio, pero no suplicó.

Llegaron a un claro donde había un tabernáculo de piedras negras que tenían un poco de musgo seco en la base, era donde la gente de mar solía hacer ofrendas a los dioses antes de partir. En el altar,

Ifigenia se sentó sabiendo lo que iba a ocurrir. La joven dama se secó las lágrimas dulcemente y con dignidad alzó la cabeza. Tras ella se situó Agamenón. El rey se quitó el casco dorado culminado por un penacho blanco y lo entregó a un hoplita, asíó la falcata de bronce fundido y la alzó al cielo. La princesa se giró y miró a su padre, su mirada le resultaba desconocida.

Una leve brisa se alzó sobre el mar Egeo.

CHINCHILLA LÓPEZ, JOSÉ

LA RUTA
Chinchilla

Nuestro peregrinar por caminos angostos nos conduce a un pequeño páramo frente a la cabaña de un pastor. La luz traspasa el postigo superior de una vieja puerta partida en dos. El hombre solitario nos acoge con hospitalidad despreocupándose del ganado.



A cambio de unos instantes de compañía nos da a compartir un queso estupendo que su mujer elabora y un vino que supera ampliamente por su calidad, al que con tanto orgullo sirven en la mesa del rey. Alguna vez nos lo ofreció la encargada de cocina de palacio. Pero éste es un caldo de un color, una transparencia, un aroma y un sabor únicos. Nos complace preparar nuestro

mejor café para compartirlo con él mientras nos contagiamos de su sabiduría y su paciencia.

Todos estos momentos se hacen dueños de nuestra conversación mientras admiramos los viñedos cuidados con esmero a ambos lados del camino.

Cruzar este valle tan extenso nos sitúa en el mediodía y cerca de una aldea de casitas blancas. El viento nos trae gritos de maldiciones a los baches de un camino y el soniquete de una fragua a golpe de martillo que devoran los latidos de las herraduras.

Recogemos como bienvenida los cacareos repentinos de un gallinero agitado por el ruido de nuestras monturas.

-Buenos días caballero. -Saludamos al supuesto propietario del carruaje averiado.

Al levantar la mirada sonrío.

-Buenos días. -Responde.

-Necesito una pequeña colaboración para enderezar este eje, pues se me ha resistido toda la mañana.

-Eso está hecho. Nosotros también necesitamos su permiso para que beban nuestros caballos.

-A la vuelta de esa esquina está nuestro pilar con agua corriente. ¡Servíós!

Este capítulo concluye con la carreta reparada, nuestras cabalgaduras abrevadas y un pequeño banquete en el que hicimos los honores al mejor cordero que jamás entrara por el gznate de este cansado viajero, rematado por el caldo contenido en una botella polvorienta que dibujaba un arco iris en el cristal. Unas copas que habían dispuesto en nuestra mesa las hijas de nuestro anfitrión. Un tinto gran reserva de sabor recientemente conocido.

Más tarde, en nuestra conversación, volvían a ser el centro del entretenimiento de nuestro viaje varios acontecimientos vividos. Cómo aquellas doncellas se arreglaron para recibir a estos brutos botarates que ahora se reían de ellos mismos. Los sabores atrapados de cordero, queso, vino, pan y frutas que aún permanecían en nuestros paladares. La lucha de fragancias, olor a parrillada, la del horno en el que acababa de cocer el pan la señora del caserío, el perfume de las flores del camino; por hacerse con el premio a la esencia más votada de la tarde. Cómo se asustaron los jamelgos y las gallinas mutuamente. La perfección de la reparación del carruaje. La alegría de aquel hombre que quebró la impresión que nos llevamos al oírlo la primera vez. La sorpresa de haber comido mejor que nuestro rey. Más aún, cómo un pastor podía beber un vino que superaba en sabor al de las bodegas reales. ¿Por qué el bodeguero del caserío comía el mejor cordero? La amistad entre vecinos tiene grandes compensaciones.

Concluimos que lo que saboreamos aquel día no lo ha saboreado ningún paladar, por muy señoriales que hayan sido.

Nuestras monturas parecían volver sus enormes hocicos buscando el grato recuerdo de lo que dejábamos atrás para conservarlo el mayor tiempo posible.

Las risas, bromas y tomaduras de pelo se mezclaban con el tinte del atardecer mientras llegábamos a nuestro destino. El tiempo no había corrido simplemente dio un salto transportándonos de un sitio a otro dentro de esta realidad. Aunque nuestras posaderas no mantenían la misma opinión. Extraños encantamientos que nos arropan a nuestra llegada para instalarse en nuestras memorias.

Jaén 08.

DESDE EL SILENCIO

Chinchilla

Cuentan que me crearon los dioses. Dicen que soy de lo más antiguo del mundo. He pasado la mayor parte de mi vida dormido, con los ojos cerrados, mucho, mucho tiempo. En un sueño apacible y extraño en el que la luz no hacía acto de presencia. Siempre me sentí protegido por eso que vosotros llamáis "familia". Siempre arropado cual corazón de cebolla.

Un sueño que sólo era interrumpido por el enojo de los truenos. Nosotros apenas si padecíamos su enfado.

Pero hubo una época en que Thor dejó pasear un hijo sobre mí, menos ruidoso pero más bullicioso y malvado. Fue descascarillando mi familia, mi protección. Yo no entendía sus razones. La vida me había puesto allí. Y el hijo del trueno va por mí sin yo ocasionarle molestia alguna que lo justifique.

El ruido es tan intenso que me hace temblar por primera vez. Algo nuevo aparece en mi vida algo que me ciega. Se llama luz y es de una intensidad infinita. Los amigos de truenito, aquí los llaman humanos, me separaron de mi familia, me seccionaron pulieron y limpiaron.

Ahora estoy en medio de la luz. Tal vez para siempre. Me han numerado y me han cincelado mi nombre: "Piensa tu que puedes". Además me han tatuado el nombre de una humana: Lucía Salvatierra Makel.

Ella ha tenido una vida inversa a la mía. Tenía un nombre que ahora tengo yo y vivía aquí donde brilla la luz. Ahora vive en la oscuridad, aquí, debajo de mí. Creo que yo la arropo y soy su familia. Vive como yo cuando era joven. En silencio, en la sombra, quieta para siempre y a expensas del enojo del dios del trueno.

Esto me hace pensar que si vivimos al contrario, tal vez algún día me convierta en humano.

Aquí estamos muchas losas, de muchas formas y colores. Estamos en silencio pero en la luz. No nos movemos. Cada año las personas nos siguen limpiando y nos ponen flores. Los hombres nos cuidan como los pájaros cuidan sus huevos.

No sé si es bueno humanizarse. Yo estaba orgulloso en mi silencio siendo una piedra y no sé si al cambiar seré feliz.

Jaén 08.

MIRADAS

Chinchilla

Me siento tan feliz... Se está cumpliendo el más grande de mis sueños.

Todo comenzó después de verte, cuando los mercaderes me pusieron en venta. Me moría de miedo e incertidumbre por no saber donde iría a parar. Tal vez un gran señor me tomara a su servicio en su gran palacio donde podría disfrutar de una vida lujosa rodeada de riquezas. Por contra podría comprarme algún indeseable que me rodeara de una vida de desprecio y suciedad. No me ilusionaba regresar a un mundo lleno de trastornos, otra vez no, solamente recordarlo me siega la esperanza. Ni la una ni la otra sería la realidad que me esperaba.

Me ha tomado a su servicio un buen hombre, que posee una cafetería bien decorada y muy acogedora. Allí los clientes se sienten aún mas cómodos que en su propio hogar. Llevo demasiado tiempo aquí soportando que todo tipo de gente pose sus manos y sus labios sobre mí. Es cierto que algunos de esos clientes se me hacen muy pesados, pues me recuerdan esos sueños que tanto me disgustan, pero acaba dándome lástima de la vida tan triste que soportan. Hay otros apuestos, jóvenes, elegantes, que enamorarían a cualquiera que se les pusiera delante, incluso a mí. Fantasear contigo al verte pasar me hiere y me arrastra al llanto. He llegado convencerme de que me había construido una ilusión que me salvara de mi realidad. Tú no habías reparado en mi presencia. Hoy tengo esperanza. Yo, aún consciente de lo fácil que es acabar destrozada en incontables pedacitos como muchas de mis compañeras, he llegado a pensar que el hecho de que exista es porque soy un poco inmortal y esto me permite esperarte. Sé que es sólo un sueño pero me hace un poco más fuerte. Alguna noche mis sueños se tornan en una pesadilla que me aterroriza trayéndome de la mano mi propia muerte. Algunas son más nuevas que yo. Aquí cambian constantemente pues su fragilidad no soporta tanto ajeteo.

Mis ojos se han clavado en tu figura cuando has abierto la puerta del salón. Lanzo gritos a mi silencio para que el destino o el azar me pongan a tu alcance, sin saber si seré yo la elegida. Me han colocado delante de ti y he temblado, y reído. Me ha recorrido un escalofrío cuando sobre mí el reflejo de tus ojos se agigantaba a la par que te ibas acercando. Tu mano se ha alzado para rodearme, como un capricho que me concedían los dioses. Y tus labios se han posado sobre mí haciéndome perder la cuenta de las veces que su calor me ha alcanzado derrotando ese frío que me recorre. Tu nariz se inunda de este aroma que ya es nuestro. Y al fin sacias tu sed conmigo. Mi sueño es real, me hace olvidar todo. La realidad se trasporta a esta esencia perfecta. No quiero que este tiempo pase. Dejo permanecer este instante en la eternidad. Mi deseo es que todo el mundo sepa de mi dicha, que mi emoción quede proclamada en el infinito. Sí tengo sentido. Merecida espera que me llena tanto. Sé que un hombre como tú vale la pena. Que todos sepan lo que siente esta copa de vidrio frío, enamorada de tus besos, al que un hechizo le ha prestado el alma. Vuelve pronto amor mío.

Jaén 08

COBO DOMINGO, FERNANDO

LITERATURA EN DOS LATIDOS

Fernando Cobo Domingo

Latido uno: de un corazón pequeño, vicioso y compasivo

Esa noche, como muchas otras, el joven espío la misma ventana al otro lado de la avenida. Esa noche, a diferencia de cualquier otra, halló por fin desnuda a aquella desconocida, sin ninguna prenda o persiana estorbando; aunque el rostro, siempre tan alegre, estaba hundido en sus manos mojadas por las lágrimas. Los prismáticos se empañaron, pero no de excitación como él esperaba.

Latido dos: de un corazón grande, reseco y nostálgico

Dicen que hay un lejano lugar de tierra húmeda, un jardín continental, el último heredado del paraíso, donde la lluvia cae educadamente, de forma ordenada y abundante, sobre todo en primavera, moldeando a un pueblo, consiguiendo gentes fabuladoras y amables.

Dicen que aquí no lloverá nunca más. Un cielo segado de nubes cubre la tierra demacrada, destinada a rendirse al desierto, una tierra que ha expulsado a generaciones enteras. Cada nuevo día parten hacia el norte varias familias, hombres y mujeres, viejos y niños, cuyos sentidos no conciben las sensaciones de la lluvia, cuya alma necesita enternecerse con el cariño del agua. Los actuales pobladores, las últimas raíces que sólo la muerte podrá arrancar de este suelo, hostigan con sus ojos, quemados por la desesperanza, una altura de terco azul. Aunque dicen que aquí ya nadie sueña, pervive aún un dulce vestigio de otra era, encarnado en la persona más anciana, una mujer, llamada por todos la señora Tierra Mojada. Nació, según aseguran, cuando se desataron las últimas lluvias de las que se tiene memoria, descargadas durante una estación completa. Cuentan que fue bautizada por la propia naturaleza unos días antes de venir el mundo, su madre casi pereció al caer en un profundo charco improvisado por la fecundidad de las nubes. Su parto sucedió envuelto en una espesura de aromas risueños y bienaventurados. Únicamente ella cree que se pueden imaginar otras historias, distinta a ésta, sin salir de aquí.

UNA HOGUERA EN ESTA TIERRA DEL SEÑOR

Fernando Cobo Domingo

Entre la ceniza de mi niñez, levantada y esparcida por el viento del olvido, hay una brizna fatal, una mañana de domingo, atrapada en mi memoria, un recuerdo que despierta con una voz iracunda: "Dios castiga el fuego rebelde del espíritu..." atormentaba el pastor a nuestra humilde congregación, como un aspersor que impregnara a cada feligrés con una gota de su valle de sombras. Aquel sermón me empapó de miseria y temí a aquel ser de tinieblas, vengativo y colosal. El todopoderoso me inspiraba vértigo y torbellinos gástricos. Yo escuchaba desde último banco, junto a mi madre, a la que supliqué permiso para tomar unos sorbos de aire limpio en el porche. Fuera, buscaba el refugio de la árida soledad de este territorio huraño, pero un hombre rudo, cuyo rostro quizás nunca había expresado amor, odio, compasión o cualquier otra prueba de humanidad, abandonó el rebaño para fumar un cigarrillo. Raspó una cerilla en su cajita. Aquel sonido que rozaba y chasqueaba a la vez, delicadamente áspero, precedió a un chisporroteo revelador. Mantuvo en suspenso la cerilla, admirando su llama, oyendo quizás un mensaje trascendental; con ella prendió su pitillo y después la arrojó sobre unas hierbas secas. Se fue tranquilo, como si yo no existiera, sin mirar atrás. Las hierbas llamearon de forma creciente, con intenciones funestas. Una suave brisa guió la joven humareda hacia el interior de la iglesia. Uno de nuestros ancianos timoratos, de párpados entornados por el sueño, olisqueó el humo entre ronquidos, alertando: ¡Fuego! ¡Fuego!. A velocidad de poseso el pastor escapó en pos de su propia salvación, con mirada de maldito acosado por las zarpas del infierno, y se evaporó bajo el sol del desierto, sin preocuparse de los demás hijos de su Dios. El fuego era aún una larva de incendio y en unos minutos los devotos lo ahogaron a base de pisotones y golpes de Biblia. Apartado, quieto, alumbrado por un nuevo camino, observé las virtudes del fuego y nunca olvidé el sonido del fósforo descascarillándose hasta arder; arder igual que mi presente.

Amanece, me ejecutarán dentro de escasas horas. El tribunal del estado dictó la pena capital acusándome de la muerte de un hombre y de vandalismo incendiario, condena que se acumula a los varios años de prisión por desertor, caídos del mazo de la sala militar, y a los otros muchos de incomunicación preventiva de la corte federal por conspiración terrorista; tiempos carcelarios de los que jamás gozaré, mi ejecución inmediata precede en fervor popular a una larga vida a la sombra y consuela más a nuestros políticos. También, pienso, fui sentenciado por confesarme ateo renacido y pirómano, no por vicio sino por convicción, en el estado de Texas. Me han declarado legalmente un ser inconstitucional, la constitución ya no me ampara pero sí me injusticia, enemigo como soy de nuestros más sagrados valores. No hubo piedad conmigo, no la deseaba ni la merecía, había matado. Acepté las sentencias sin recurrir a apelaciones.

Deserté del ejército obligado por mis remordimientos. El pelotón que comandaba arrasó, en la profundidad de un país deshecho por nuestro imperialismo demente, una aislada aldea de campesinos, cuyas únicas armas eran sus herramientas de labranza, usadas para despojar a una tierra pobre de sus pocos alimentos. Mi segunda esposa desertó de mí cuando supo de mi renuncia nada reglamentaria. Deserté de nuestro ejército, nuestra bandera y nuestro Dios.

Regresé a mi hogar y durante meses, en constante fuga, incendié pozos petrolíferos, iglesias, palacios de justicias, sedes políticas, bases militares, cuartelillos de los Texas Ranger. En cada una de aquellas incursiones quemaba primero, a modo de prólogo, la bandera de barras y estrellas. Hasta que murió aquel hombre había evitado con minuciosidad el daño de inocentes. Me autoinculpé de ese crimen y proclamé mis creencias pirómanas.

El carcelero ha preguntado sobre mi último deseo. Una caja de cerillas, he respondido. Lo han denegado. Siendo un melómano con debilidad por los ritmos ardientes, hubiera querido frotar por última vez la cerilla y encender mi propia hoguera. Hubiera querido consumirme para siempre con la dignidad de un hereje.

FERRÓN MORALES, JOSÉ JUAN

353535

José Juan Ferrón Morales

-¡Grumetes! ¡Soltad amarras... ni la vida ni la mar esperan!

El martillo de lo vivido había quebrantado su cuerpo. El cincel, trazado los surcos del rostro de aquel achacoso "jefe de expedición" que, como casi cada mes, desde hacía demasiados años, gritó...

-¿La ves ya? ¿Dónde está ese engendro del diablo?

Un pacto tácito requería el automatismo de la respuesta del joven encaramado al mástil principal. Tonino siempre cumplía y aprovechaba para despedirse del paisaje que durante unas semanas lo acogía.

-¡Por ahí! ¡Por ahí resopla, capitán!

Imaginados ecos masticados con sabor a salitre se deslizaban entre los dientes del muchacho fugándose retumbando por las montañas y los valles.

Esta era la señal para que toda acción se agilizará. Se desmontaban lonas, palos, gradas, poleas y trinquetes. Todo tipo de material se acomodaba en los remolques al ritmo de aquello que se ha repetido en innumerables ocasiones.

Roberto Manccini del Rosario asomado por una ventanilla de la cabina del camión de cabeza extendió su brazo y giró su bastón describiendo tres elipses en el aire. Los motores se desperezaron al tiempo que los frenos de mano descansaban, por fin, de su estresante trabajo. El movimiento lo inundó todo convirtiendo en serpiente sinuosa lo que hace pocas horas era un errático asentamiento.

María fue despidiendo con los ojos, apostada en su escondrijo preferido, cabina por cabina, al director, a la adivina, al forzudo y los malabaristas; al Extraordinario Fanti, a los Sultanes del Alambre y a los Reyes del Trapecio; a Sherkan, a Pakira, a Balú y a Rey Loui. Su mirada se clavó en la ventana de la caravana que cerraba el convoy, que como siempre era la casa de Mowgli, hasta que se perdió, justo antes que la luz de gálibo izquierda, en el horizonte vertical de una lejana curva.

-¡Moira! ¡Tú que todo lo ves! ¿A dónde vamos esta vez?- preguntó el enano más pelma del continente guiñando, malicioso, el ojo.

-¡A dónde nos lleve el viento!- contestó ella sin demora.

-¿No puedes ser más precisa?- inquirió el enano más insolente del mundo conocido.

-¡Ni tampoco más preciosa! ¡Pero haré honor a mi sangre!

¡Trescientascincuentaytresmilquinientastreintaytres curvas!- contestó rauda la adivina, sin respirar, con los globos en blanco y rígida, encomendándose a Skuld, en un esfuerzo por zanjar la cuestión.

Pero no impresionó la "actuación" al enano más molesto del país que hizo un gesto de disconformidad y se reunió en conciliábulo con sus hermanos, en un aparte.

Durante la tercera parada para descansar los chismes se extendieron de un corrillo a otro, y llegó a oídos del musculoso Atalante que el enano más incordio del universo estaba llevando la cuenta de los giros, las rectas, las señales de tráfico, los ríos, los cementerios, los puentes y los pueblos. Para esta

labor contaba con la ayuda de Humberto, el mentalista. El forzudo, que era muy amigo del oráculo del circo, comentó la situación a Tonino Petruccelli. El joven funámbulo, uña y carne del renqueante Jefe de Pista lo puso en su conocimiento, a sabiendas de que no le agradaría. Bajo la dirección del antiguo marino todos los que reprobaban las malas artes de los rastreros enanos se confabularon y siendo admiradores de las bromas aleccionadoras gestaron, en secreto, la siguiente estratagema: Roberto pidió a Tonino, conocía bien a Humberto y defendía su inocencia, que le desvelara lo malintencionado del juego de los enanos, seguro de que el especialista en juegos mentales del circo sería un doble espía perfecto y que les avisaría con tiempo suficiente del resultado de sus cuentas. Hecho esto, ordenó de inmediato seguir el camino de la costa con el convencimiento de que su convoy de camiones, remolques y caravanas no volvería a clavar sus mástiles en el suelo ni tampoco izaría sus carpas y enseñas al viento hasta que la última curva fuera cumplida...

-¡Trescientas cincuenta y tres mil quinientas curvas!- avisó el mentalista.

-¡Tierra a la vista! Voceó Tonino Petruccelli advirtiendo a todos.

-¡Treinta y cinco curvas para buscar una buena explanada!- sentenció el viejo marino.

TIEMPO DE COSECHA

José Juan Ferrón Morales

Ensoñaba en su delirio el jornalero pero ya no era tiempo...

“Si muriera La Muerte”

Desplomado sin llegar a ninguna parte. A mitad de camino de la vida, de la nada, del aguante. Rezando, entre la consciencia y el desvarío, a un apretado puño. Su esperanza descansaba, apenas, en una mano crispada.

“¿Y si muriera La muerte?”- se preguntaba entre vapores malsanos...

Pero ya era tarde.

Aplastada la cara contra el suelo, rotos los labios y sabor a sangre en el velo. Se decía, entre febril confusión y baldío anhelo, renegando...

“Si muriera La Muerte... Si muriera la Muerte yo recogería su guadaña”.

“Segaría los campos del conde para que se pudrieran, hasta la raíz, todas las plantas y no parieran las bestias, ni regresaran de su migración sus apreciadas piezas de caza”.

A través de brazos y piernas se le derraman las fuerzas. Su familia, ausente ya por la hambruna, descansa.

“¡Virgen María si muriera La Muerte!”

Reunía, inmerso en lucha desigual con la enfermedad y los intensos dolores, arrestos. Pero ya era tarde.

“Segaría al capataz por los tobillos deseando que sintiera la impotencia y la vergüenza de no poder salvar algo querido. Luego le separaría del cuerpo la cabeza para ver si su sangre es cristiana o de bestia impía”.

Vuelven temblor, agarrotamiento y convulsiones.

“Si muriera La Muerte y yo recogiera su guadaña los mortales me creerían un dios pues se aferran a la vida. Me rezarían y alabarían. Me adorarían y pedirían deseos pero yo no se los concedería”.

“De un solo tajo limpio mataría sus conciencias, para que sus almas partieran de cero y no las limitaran engañosos postulados”.

Desvalido; con los miembros entumecidos, desesperado de nuevo, otra vez desvanecido... lo reanima la rabia...

“Segaría la descendencia del amo con sus cuerdas, sus reales, sus queridas, sus banquetes y su corazón malvado”.

“Si muriera La Muerte y yo recogiera su guadaña... segaría, segaría, segaría”.

Pero sus deseos ya eran pasado.

Entre brumas de locura y de desgarró tuvo conocimiento La Parca de estos pensamientos enfermos. Molesta por su osadía decidió enfrentarse al campesino y envolverlo en la inmóvil memoria del tiempo. Bastaría un grano de arena y asunto resuelto. Se acercó por el rodal yermo de su huerto. Entró, sin llamar, presta. Recordaba las estancias frías, desvinciadas, vacías, la pobre luz y el ambiente espeso que aplastaba la alegría y el aliento. Ahora no tenía orden de recogida mas sí hace un momento... Quizá había avanzado un diente la imparable rueda del reloj del “Ayuntamiento”.

Rememoró en su lista siempre incompleta diez marcas junto a otros tantos nombres: cuatro zagales, tres muchachuelas, dos mujeres y un perro.

Encontró al anfitrión tumbado de bruces agonizando entre estertores y hedor macilento; a cinco pasos de los más pequeños, seis de la hija mayor y siete de su desposado amor, siempre a su vera el lebel, Canelo lo llamaban en sus años mozos Cano en los últimos meses, por la edad, el ayuno continuo y el sufrimiento.

En el puño siniestro encerrados nueve escapularios de las vírgenes y los santos de su devocionario. La mano diestra semioculta empuñaba un viejo hocino romo por el mucho uso, y variado.

Trajo consigo “la innombrable”, en la casa del enfermo, un estado mágico e irreal... todo en su entorno se paró y al yaciente con un leve gesto sin rozarlo lo incorporó.

- He venido a hacer de ti castigo ejemplar y esto es lo que concibo... Dejarte con vida por siempre, sin familia, ni perro, ni amigos.

Mientras decía esto La Muerte apoyó su guadaña en la pared dejándola a mano del iluso renegado. Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta.

- Es un obsequio para remediar tu desgracia o considéralo un descargo si el pago de tu penitencia resulta ser para ti injusto por demasiado alto- dijo sin volverse-.

La voz resonó lúgubre debajo del manto negro y se extendió sinuosa en el entorno creando inquietud y duda en la voluntad del penado. Pero no tenía nada que perder.

- ¡Si se muriera La Muerte -empezó a gritar desesperado y desafiante- yo recogería su guadaña y volvería a matarla. Pero ya no es momento. Llegó muy pronto “el invitado”, me pilló indispuerto, y demasiado tarde ha vuelto!

- Si contra mí blandieras tan mortífero y santificado acero sé certero... me lo debes y se lo debes a mi instrumento- le contestó La Parca cuando ya partía... al ver que empuñaba el labrador con maestría su nuevo apero-.

-Yo no huyo de mi sino- siguió - pero enorme favor me harías pues al cumplir de este modo tu castigo de continuar mi penosa misión me liberarías. Tu casa sería un osario blanquecino, tu trabajo una rutina maldita y tu existencia una infinita soledad vacía.

CALMAMUNDO Y MUNDODELA

José Juan Ferrón Morales

Siempre que dobla la esquina espera encontrar un nuevo destino. Mundodela se pasa la vida dando vueltas a la misma manzana continuamente en variación derecha.

Nunca que se esconde en un rincón evita que su sino lo alcance. Calmamundo va de refugio en refugio. Sin buscar ha encontrado cuatro iguales. Recorre de izquierda a derecha, sin hacer las diagonales, su espacio cuadrado.

Aunque no se ven cuando se cruzan se miran. Calmamundo siente que algo les une. Mundodela piensa que todo les aleja.

Mundodela siempre vigila. Calmamundo nunca solo pasea.

CALMADELA Y LOS CONVOCADOS

José Juan Ferrón Morales

- Os aseguro simétricos amigos que... en el universo de los espanta fríos... volar tiene un sonido muy semejante al del crujir de la escarcha... cuando la pisas con energía con una bota de montaña; pero hablo de volar con aleteo... ya que el vuelo en flotación suena más bien... como cuando pisas, en verano, un charco de barro con unos mocasines de valle.-dijo el “convocado”.

-¿Un mocasín de valle?- inquirió la “convocadora”.

- Ese crujir siempre puso nerviosos a los “vigilantes” del Surco.- continuó Alsidor.

- ¿Espanta qué? ¿Surco? ¿Vigilantes?- se extrañaron incrédulos algunos de los que rodeaban a la ilusionada muchachita.

- Cierto es que en el Surco Solemne no todos tienen esa habilidad; yo diría que nadie, por eso no debéis hacer alarde, si es que vais... Yo no iría... pero vosotros sois Simétricos Pontes que venís de un país en llamas y... quizá deberíais adentraros en ese territorio, tan inhóspito para mi gente, pues allí... podréis encontrar a otros como vosotros. - replicó sin contestar.

Atónitos ante la aparición y el exceso de información imposible de asimilar, quizás de utilidad, aunque no lo parecía, en el momento en que intentaron reaccionar...

- ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? ... ¿? - todos.

En ese instante prestidigitó y les mostró un grabado extraído de un bolsillo que antes les pasó inadvertido pues ninguno de los presentes había podido desviar la mirada del movimiento de los labios de aquel embaucador “convocado”, que así denominaba Calmadela a los amigos que acudían a sus vívidas ensoñaciones cuando se encontraba sola o inquieta por la incertidumbre de lo anhelado.

- ¡Iré!- casi gritó la pequeña a la que enseguida asaltó el sonrojo.

- ¡Bueno, iremos! - corrigió sobre la marcha vista la reacción inquisitiva de sus acompañantes.

- ¡Magnífico! Si lo haces... podrías ser recompensada... y... terminar precediendo a los compañeros de viaje que ahora te anteceden.

“¡Qué ser más liante!”- pensó la niña entre indignada y extrañamente admirada.

Y su mente hablaba con sentido pues, más que enigmático y esquivo, Alsidor, es considerado, a menudo, un incordio y un fastidio. Incapaz de transmitir un simple mensaje, de forma clara y directa, sus interlocutores suelen acabar despistados, recelosos y, como veréis en breve, a medias...

- ¡Dinos!... ¿Cómo podemos llegar al lugar en que se encuentran nuestros “pares”? - dijeron algunos.

- ¡Es simple! Escoge una Esfera Balk... tócala y... después... elige un camino y pregunta... pero decide bien... y mide tus palabras... porque por el camino... unos no te hablarán, otros te mentirán y a la mayoría... les molestará vuestra presencia y podrían sentirse... ofendidos si intentáis comunicaros con ellos - respondió por fin este intrigante personaje antes de esfumarse.

- ¿Cómo te llam...? Empezó a preguntar la niña que advirtió que ya no la escuchaba.

Calmadela pudo ver que Alsidor les dejaba el crucial documento donde aparecían los simétricos. La lámina ilustrada flotó cayendo en vaivén y el sonido que hizo agradó tanto a la joven “convocadora” que cerró los ojos un instante. Algo más que un parpadeo y ya sólo había tiniebla, bruma, ingravidez y esferas que flotaban con sonidos propios; atrayentes e insinuantes susurros.

Tras repetidos intentos de escrutar el interior de los globos y no sacar nada válido, cada uno de sus acompañantes aseguró estar en sintonía con una bola distinta. Para deshacer el tenso equilibrio de voluntades y deseos encontrados, la “intrépida aventurera” tocó la bola más cercana con presteza y decisión; albergando la ilusión de poner cuerpo, alma e historia a los rostros de aquel grabado, aunque fueran, como parecía a simple vista, Simétricos Lares.

Pronto conocerían lo que significa ser un Estricto en el Imperio de los Asimétricos y podrían describir cómo es el sonido de un Severo cuando flota avanzando entre nubes de tormenta.

MARTOS ARCOS, PEDRO

ÉRASE UNA VEZ...

wiwi

La Noche de San Juan y el Destino, tramaron las vidas, de Pedro y Lucía.

En los tres años anteriores Lucía fue reina de la noche de las brujas, pero ese año la proclamaron princesa. Su sueño.

Ella soñó siempre con ser rescatada por un príncipe, para que la llevara lejos, a un magnífico palacio. Tuvo la suerte de ser coronada por un apuesto heredero, que no tenía sangre azul, por sus venas corría la casta de fontanero y en ocasiones de herrero. Un bagaje un tanto pobre y burdo para las miras de la princesa Lucía.

Al final de la noche, un príncipe desencantado le susurró al oído todo lo que una princesa quería oír. Con artimañas y embustes la enredó, y en una neblina de falsas promesas, la arrastró a una carroza que la llevó hasta la capital. En la calle Montera a la altura del portal 35 se alquilaba por horas, carne de princesa. Algunas veces, cuando la policía apretaba, se trasladaba a La Casa de Campo, donde un sin fin de princesas y hadas ya no leían cuentos de niñas. El falso príncipe por las mañanas, cuando pedía cuentas, se convertía en ogro. Fue la última paliza la que la hizo escapar de esas manos. Segura de que algún día la matarían.

Pedro se enamoró de una infanta, a la que adornó con una corona de flores su cabello, el más fino y sedoso que jamás tocó. Esa noche de hechizos y luna llena, marcó la vida del fontanero del pueblo vecino. Solo fue un instante, un simple beso en la mejilla. La princesa coronada voló con un buitro de mala fama. Los ojos de una andaluza encendieron el corazón dormido de un asturiano. De la mano de su tío, Pedro llegó al pueblo de al lado, hecho un crío y sorbiendo por la nariz un eterno resfriado, procedían de las apuñaladas tierras de la Asturias minera. Su madre murió una noche de Enero, con las manos azuladas y el cabello escarchado.

Era el sol lo que buscaba su tío, y sin pensarlo señalaron en lo hondo del mapa. Cuando llegaron a Trebujena a su tío le nació una sonrisa nueva y se compró unas gafas de sol. A Pedro se le olvidó el invierno y la escarcha.

El cáncer de las minas se llevó a su tío, pero antes le busco cobijo al infante asturiano. Fue el fontanero; el que también herraba a los mulos; y el que amortajaba; y el que en un cocherón tenía cinco o seis ataúdes en exposición. Él se hizo cargo del niño que hablaba poco y raro. Mucho trabajo y poca mano de obra, Pedro aprendió los oficios, creció sin decir nada como buen asturiano, y era el primero en levantarse todas las mañanas.

Lucía se escapó de Madrid mirando la punta de sus zapatos. Sola, por ese amanecer oscuro, acompañada de un nubarrón y un vientre de ocho meses con un nombre y cientos de apellidos. Buscaba de nuevo el sol y olor del mar.

Su estado la obligó a detenerse en la Mancha. Un falso Quijote la ayudó, a cambio otra vez, de mal-vender su cuerpo. Entre las horas interminables de las noches, los sorbos de la ginebra aguada y el olor rancio del hombre mal aseado, Lucía mal vivía en la buhardilla del club, abrazada a David de tan solo un año.

Cuando Lucía regresó del hospital, tras recuperarse del navajazo que el falso Quijote le asestó por la espalda. Encontró al pequeño David maniatado. Nadaba en sus propias inmundicias por la maltrecha cuna. El cuchillo de la carne, que también servía para el pescado y para el pan; y para asustar a clientes viejos y borrachos. También sirvió para cortar la carne de oreja a oreja del falso Quijote con mal corazón. Lucía prendió en llamas ese oscuro lugar con un caballero de la Mancha en su interior. Anduvo con David a las espaldas sin mirar atrás. Esa noche las luces de colores cambiaron por el color del infierno.

Eran las seis de la mañana cuando tocó el timbre de la casa de sus padres. Lucía volvía con la corona de flores por los suelos y un bastardo en la cintura. No se sabe por qué, pero la madre se vistió de luto y al padre se le puso el pelo blanco de un día para otro.

En esa casa se murieron los sonidos, solo el tintineo de las botellas de vino que el padre tragaba sin respeto alguno, entonaban acordes sonoros. Hasta la criatura se olvidó de reír y de llorar. A principios de primavera la madre de Lucía murió sola, en una vieja butaca del salón. Las vecinas decían que había muerto de tristeza, pero Lucía sabía que fue de vergüenza. A su padre se le ve de escalón en escalón mendigando un litro de vino y maldiciendo el nombre de Lucía.

Pedro enfermó de amor la Noche de San Juan, la noche que los amigotes lo ascendieron al rango de príncipe, y donde el Destino descendió a rango de princesa a su diosa. Desde esa noche se le ve pasear por las arenas blancas y finas de la playa de SanLúcar. Pedro mira el final del mar y sonríe, mira el final del cielo y sonríe. Pasó inadvertido por el tiempo, por el lugar, una sonrisa le acompañaba a cualquier hora del día. Pedro juega con una rosa y esta le hacía un guiño con los pétalos. Pedro era una explosión de amor, pero nadie se enteró.

Una tarde a mediados de verano, Lucía llamó a la puerta de Pedro.

- Quisiera el ataúd más barato para mi padre muerto.

Pedro alzó la barbilla de Lucía y la miró a los ojos. Ojos del color del fondo del mar, ojos que recordaba perfectamente. Y como buen asturiano, simplemente dijo:

- Fue hermoso recordarte.

Lucía se acordó de él y se acordó de la Noche de San Juan. Se acordó del príncipe sin sangre azul que le adornó con una corona de flores, y se acordó que él fue el único que le regaló una sonrisa sin pedirle nada a cambio.

Una lágrima se escapó de unos ojos que recordaban el fondo del mar.

Colorín Colorado...

Las Infantas, 18/06/08

00:48

SONIDOS DE RECUERDOS

wiwi

Un amigo me contó una vez: <<“***Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero***”>>.

Yo le contesté: Mi infancia son recuerdos de un sonido, de un fatigado tren, que escondía tras el vapor y un susurro muy personal. Amor y desconsuelo.

Mi niñez fue una constante espera. Al principio esperé al padre que no llegaba, a los hermanos que no estaban y a una madre que se demoraba. Pero toda espera se muere en el tiempo, y la esperanza llega. Llega envuelta en humo y sonidos.

Escondido y nervioso, miro furtivamente a través del ventanal la entrada de la sofocante locomotora a la pobre estación. Todavía no ha salido el sol, pero esa noche escuché los cuatro cantos del gallo. El corazón se quiere salir por mis ojos, busco entre la pesada niebla, y los siguientes segundos duran mil vidas. Al fin la veo.

Como un pequeño espía salgo de mi escondite con grandes aspavientos y gritos exagerados. Pretendo ser descubierto. Por fin ella se percató de mí, y a lo lejos, manda un beso al aire. Envidioso aire, lo esconde y quiere quedárselo para él. Otro día, hoy se lo quito. Este beso es mío.

No sé como, pero ya estoy en el carril esperándola. Los tres tramos de escaleras y las cuatro puertas han sido como un sueño. Las piernas me tiemblan, los nervios como una veloz hiedra se apoderan de mí. El tiempo no avanza. Todavía no ha cruzado el paso. La siento por el primer escalofrío de la mañana, pero todavía no le distingo la cara. ¿Se me habrá olvidado su rostro en esta semana?

Tímidamente la espero al final del carril y al principio del amanecer. El primer hilo de sol de esa mañana es para la cara de mi madre. Ya no me aguanto. Poseído por mil demonios y una buena estrella, corro a sus brazos. Mientras nos comemos a besos, el sonido del incansable tren, se despide. Pero me recuerda que mañana a la noche volverá, (como que saldrá el sol, el volverá). Malditas horas del día, maldito tiempo que no me da un respiro.

No quiero pensar más en el sonido. Se oye en la letanía. Avisa su entrada en la estación del pueblo vecino.

Hoy y mañana, mi madre es para mí, y yo para ella, y en el mundo no hay nada más.

Ha pasado el día siguiente, y el anochecer me trae de nuevo el sonido, ese peculiar susurro, acompañado de humo blanco y un olor a hierro fresco. Un viejo tren de regreso.

Me despido de mi madre, creo que he estado agarrado a su cuello todo este tiempo. Otra vez los días de la semana se la llevan a la ciudad, a las obligaciones y la estúpida rutina. Obligaciones y rutina en soledad.

Desaparece mi sueño metálico envuelto en una nube, una música va abriendo camino. El tren baila al compás a lomos de los raíles. El sonido que hace unos minutos era desagradable tornará a celestial dentro de unos días, cuando de regreso, me traiga de nuevo a mi madre.

No sé que más contar. Ya conté las horas, los minutos y los días que faltaban. Aunque siempre me quedaran las estrellas, ya van setecientas cuatro con el nombre de ella.

Pasó el tiempo, y por fin no tuve que esperar más. Cada hora la campana de la iglesia me recordaba el número de besos que tenía que darle a mi madre. Mis hermanos reían en el escalón de la casa. Mi padre no regresó.

Ese viejo amigo terminó diciendo: << ***“Mi juventud, veinte años en tierra de Castilla, mi historia, algunos casos que recordar no quiero”>>***

Y yo, le contesté de nuevo: Mi juventud, muchos años en tierras de olivos, mi historia, algunos sonidos que recordar si quiero.

Las Infantas, 10/07/08

02:31

UNA TARDE DE DOMINGO

wiwi

En la calle el tiempo es de un gris pesado. No se ve el sol. Lleva varios días con angustia el aire y las gentes. Este otoño pinta mal. El jaleo de unos chiquillos resuena en ecos perdidos por las callejas apretadas junto a la catedral. La tarde se despierta lentamente. Desde mi cancela y con la mirada viciada por el humo de un gran Farias, espero en la clandestinidad, noticias de esta tarde de domingo.

Pinta mal el juego de espionaje en esta tarde del 47.

Ni un alma. A lo lejos una pareja parece que discuten, - *“¡locos!, en el tiempo que estamos y el tiempo que hace. Apretaos y juntaos. ¡No discutáis!”*- pienso mientras le doy otra embriagadora calada a un puro corrupto. Cuando abro el ventanal para aliviar unos ojos viciados y ahumados, una bocanada de escarcha penetra en mis pulmones. Intento remediar el resquemor de mi garganta engullendo otra calada más.

Pinta mal el juego de espionaje en esta tarde del 47.

Para mi sorpresa, enfrente de mí se ilumina un dormitorio. El vaivén de una silueta de mujer me despierta la curiosidad.

- *“¿Quién será?, no la reconozco, parece que canta”* -. La curiosidad mató al gato, pero a mí, me hizo cerrar la cancela tras de mí, para poder oír mejor lo que venía de enfrente. Efectivamente se oye canturrear, - *“¿quien es esa joven?”* -. Empieza ha vestirse bailoteando y canturreando, - *“¡qué momento mas calido!”* -. Pero la cancela se esta llenando de una niebla británica con olor a tabaco, en el momento que abro la ventana y se escapa mi vicio sin remisión, la muchacha de enfrente se percata de mi juego. Con una mirada pícaro y un gesto erótico, lentamente, corre la cortina sin dejar de mirarme, y se oculta tras de ella.

- *“¡Es Juanita, la sirvienta de doña Flora que se está preparando para el paseo!”* -.

En ese momento se oye el sonido de la campanilla que cuelga junto al portón de doña Flora. – ¡Juani!- Grita un muchacho engabardinado y pulcramente encorbatado, desde los adoquines de la escuálida calle. – ¡Juani! – Vocifera en la fría y solitaria tarde del domingo, mientras se limpia la puntera de su zapato en la pantorrilla. Juanita se asoma al balcón y en un gesto de espera, asiente al joven. En ese momento una brisa que tiene que ser marina, levanta las faldas de Juanita, - *“¡qué momento mas calido!”* -. Con vergüenza se la recoloca, y cuando está cerrando el balcón, me mira, me guiña un ojo, y me sorprende ella a mí - *“¡qué momento más calido!”*.

Ya bajan los dos por la calle. Apretados, juntados, liados en esta tarde fría de otoño. Juanita se gira, me mira, y me envía un beso acompañado de otro guiño. – *“Por un momento parece primavera”* -.

Otra vez la escarcha y el frío en mi garganta me devuelven al momento. En la calle ni un alma, las luces difusas de las farolas me advierten que esta tarde se esta muriendo.

Espero que el Farias del domingo que viene me caliente el corazón como el de este.

Las Infantas, 23/06/08

01:10

MARTÍNEZ SANCHEZ, JOSÉ

DECADENCIA

Warsan

Algo muere cuando no muere nada. Algo empieza a fenecer cuando las líneas paralelas, obviando la geometría, discurren sinuosas, cuando las manos entrelazadas empiezan a desasirse, cuando los caminos se recorren al desgaire, con distinto compás, cuando se deviene en estatuas yacentes, en bustos parlantes. Previsibilidad, tedio, trivialidad, burocracia de miradas y gestos, fulgor pasteurizado. La lengua acude con sus palabras más espesas, para platicar, oligotemática y huérfana de originalidad, sobre un junio casi abril, sobre la huelga de camiones, sobre los tiempos revueltos.

Dos espejos que se enfrentan por el lado del azogue, donde desaparecieron los reflejos, donde ya no es posible contemplar el yo – tú – yo – tú hasta el infinito. Hay una distancia como de agua fría a la que no logra entibiar alguna fornicación mecánica, coyuntural, inconcupiscente.

Vida sonámbula, bulímica de tiempo sin sustancia, que fluye por desbordados cauces, donde el derroche devendrá en parálisis progresiva hasta el agotamiento final. Entes que se cruzan en los pasillos y exhalan un saludo ortopédico, sombras anfibia entreveradas de luz tenue, o de claridad oscura, olor a sangre usada.

Antiguas quedan aquellas miradas preñadas de arrobo, en que los ojos brillaban sin luz prestada, encastilladas en un hogar de aire o de lluvia, o en hogares que otros levantaron en algún Manhattan provinciano, encutrecido, encanallado por lustros de incuria, cofres de pasados ajenos. Antiguos los días en que los estanques solo devolvían sonrisas dibujadas en rostros sin veredas, orlados por un pelo con olor a maíz. Narcisismo recíproco, mitología de nubes, cuerpos hermafroditas de cuatro brazos que recorrían alamedas donde los chopos levantaban, ingrátidos, su cuello y la brisa interpretaba una sinfonía vertical de sol y hojas, donde hasta los espinos devolvían lirios. Tiempo en que las palabras estaban habitadas, en que las historias tenían pulso y un futuro sin calcificar se elevaba, arrollador, a los himalayas de la vida, plena de epifanías, donde el clima era un continuo clímax en noches de seda y tiniebla azul.

Como toda idea, como toda abstracción del pensamiento humano dicen que el amor es una creación cultural, que no existe en la naturaleza, pero después de convivir por siglos con esa idea, el amor llega a adquirir una textura material y proteica. También se dice que nadie es consciente del olvido hasta que no se vuelve a recordar. Es preciso recordar y comparar, preguntar y responder.

¿Cuándo se jodió el amor?, paráfrasis del “¿Cuándo se jodió América?” vargasllosiano. ¿Cuándo principió el fin de fiesta? Interrogaciones retóricas, respuestas inconcretas, subjetivas, incontundentes.

Amor separado del desamor por una línea apaisada, una raya de tiempo de meses o de años, donde el amor se mineraliza y se resquebraja, dejando una envoltura acolchada, consuetudinaria, donde no cabe el deseo, donde el vivir se hace sonámbulo. ¿Fueron las primeras mentiras, las primeras excusas, los problemas domésticos, la crianza/educación de los hijos, las cuitas de los hermanos/cuñados, la enfermedad crónica de padres/abuelos/suegros, la economía golpeada por crisis recurrentes, las primeras canas, la primera cana al aire, el desparrame corporal, la halitosis? Nada y todo, todo y nada. Huida hacia adelante, hacia un tiempo en que cada amanecer empieza a ser milagro, donde cada noviembre trae más carga de muerte, donde las manzanas que quedaban sin madurar pasan de largo, o saltan al vacío, sin reparar en el espejo que simetriza un lecho de carne vieja.

Junio de 2008

EMILIO MORAL

Warsan

En mi ya no corta existencia he asistido a muchas, a demasiadas procesiones de muertos. En algún resquicio de mi memoria surgen de vez en cuando personajes que desaparecieron de mi vida, cuando mi agenda vital era un libro blanco y sin tachaduras. A veces quiero atrapar un tiempo que se fue y me encuentro una fotografía en blanco y negro, o virada al sepia, desde la que me contemplan gentes a las que casi nadie ya recuerda.

Lo conocí ya viejo, o a mi me lo parecía, su piel era un pellejo verdigris, lleno de surcos, de veredas, donde estaba escrita su biografía de cenizas. Debajo de la boina papal y descolorida asomaba un ralo mechón de cabello encanecido y grasiento. Los ojos acuosos y glaucos, quemados por los vientos fríos y por los soles abrasantes de las dehesas, presagiaban unas cataratas incipientes. A su nariz, larga y con una pequeña joroba, le faltaba esa canónica simetría de lo atractivo y se desviaba hacia un lado, hacia el lado en que su labio superior, permanentemente levantado, dejaba entrever las tres o cuatro piezas dentales que todavía conservaba. Su boca nunca podía cerrarse, fruto de la parálisis facial que le produjo aquella bala vagabunda que, en una trinchera de la margen izquierda del Ebro, cerca de Flix, le entró por la sien y le salió por el maxilar inferior. Un milagro que pudiera contarle. Su sordera era acusada y había que hablarle despacio y procurando que pudiera leer los labios. Decía escuchar permanentemente silbidos y explosiones, y, a pesar de que era capaz de quedarse dormido en un instante con gran aparato de soplos y ronquidos, se despertaba de forma súbita al verse rodeado de rifeños blandiendo sus gumías: siempre la misma recurrente pesadilla.

Vestía, en invierno o en verano el mismo pantalón de pana, con piezas de color más oscuro, una camisa de tirilla abotonada hasta arriba y un chaleco con cadena, que terminaba en un reloj de bolsillo, al que, decía, nunca se había olvidado de darle cuerda. Una chaqueta de la misma pana del pantalón, con coderas, le conferían esa cierta dignidad de los pobres que un día, en su lejana adolescencia tuvieron ideas y se ilusionaron con un mundo mejor. Calzaba alpargatas blancas con suela de cáñamo y recordaba que con similar calzado tuvo que atravesar más de media España, la España de las cicatrices, la de los barrancos llenos de muertos, la de las cunetas transitadas por espectros, para llegar a su casa con los pies ensangrentados. Se apoyaba sobre una garrota que él mismo se había fabricado y caminaba visiblemente encorvado, aunque siempre digno.

Emilio murió cuando yo, siguiendo el camino que marcaban muchos otros, ya había emigrado lejos de mi ciudad. Desde mi nuevo lugar en el norte recibí la carta de trazo irregular de mi padre, en que me hablaba de su entierro y de las dos o tres coronas que lo acompañaron en un día desangelado de marzo. Me di cuenta de que mi mundo empezaba a resquebrajarse.

Cuando han pasado muchos años, más que nunca, te recuerdo, Emilio, y te doy las gracias por la historia de tus zozobras, que me relatabas en aquellas noches serenas de agosto, mientras una lágrima de San Lorenzo atravesaba apresuradamente el cielo.

Mayo 2008

LA MIRADA DE UNA DESCONOCIDA

Warsan

La última vez que pude ver su mirada sajona y suplicante fue un instante antes de que desapareciera junto con su grupo por una boca de metro de El Carmen. Elevó los hombros y me mostró las palmas de sus manos con resignación, mientras la profesora, una rottenmaier de nariz hipertrofiada y formas angulosas la empujaba con firmeza hacia el túnel. Seguramente protegía a su pupila de las asechanzas de un indígena que se atrevía con latina desfachatez a seguirla desde la piscina donde había visto por primera vez su mirada azul, hipnótica, a juego con su dos piezas, aquella tarde calurosa de principios de julio.

Me había aproximado de forma lenta y subrepticia mientras, sentada en el borde, movía los pies dentro del agua. Me dirigió una mirada y me vi reflejado en sus iris de intenso brillo. Me dirigió también una sonrisa y aceptó un trago de coca cola de la botella a medio consumir que, momentos antes, yo había sacado de la máquina. Limitado por mi físico vulgar y apartado de los cánones, no era yo un ligón al uso ni ella una nórdica con furor uterino, como, con sinónimos más o menos soeces se decía entonces de las nórdicas, sino un ser como yo me figuraba que debían ser los ángeles del paraíso. Nos limitamos en nuestra lengua franca común, poco cultivada en mi caso, a decir nuestros nombres, nuestras edades, todavía adolescentes, enumerar algunas notas tópicas sobre nuestros países respectivos y poco más. Pero aquellos ojos y aquellas sonrisas que derramaba con generosidad me absorbieron y me olvidé por un par de horas de todos los problemas, postergué sine die la preparación del último examen y olvidé los apuntes encima del césped, junto a la toalla extendida.

Me presentó a algunas de sus compañeras y fui estrechando sus manos de forma mecánica sin atender, y ni siquiera oír la retahíla de extraños nombres que iba desgranando. Lo que sí alcancé a escuchar sin entender ni una palabra fueron algunos comentarios, seguidos de alguna carcajada, ante la cual yo intentaba aportar cierta comicidad simiesca, tratando de hacerme el simpático, aún a costa de hacer el ridículo.

Avisado por alguien me aparté un instante para recoger las hojas de los apuntes que el viento estaba comenzando a esparcir y pude desde la distancia ver cómo aquella mujer seca y zancuda, de color bronceo y de cabeza jibarizada, donde destacaba una nariz prominente, ligeramente rosácea, y donde el ralo cabello estaba recogido en una anémica coleta, la reconvenía con una especie de bronca, a juzgar por el gran aparato de gestos, de movimientos de manos y de palabras que yo no alcanzaba a escuchar, ni mucho menos entender.

Haciendo caso a un movimiento de su cabeza, la seguí a cierta distancia y nos reencontramos en un espacio recoleto de la piscina, donde nos besamos con pasión, intuyendo que aquellos serían los primeros y los últimos besos, la primera y última vez en nuestra efímera relación que tuviera a mi alcance la delicada ánfora de su cuerpo, ataviado de forma tan escueta, y sin retóricas cosméticas. Fui

a decirle algo, pero me imploró silencio con un dedo sobre mis labios, y me pareció advertir con un nudo en la garganta que una lágrima quería desprenderse de aquellos ojos claros y cautivadores.

El grupo se disfrazó rápidamente de ropa de calle y yo hice lo propio. Salieron del recinto de la piscina y yo fui detrás todo el camino. Ella volvía de vez en cuando la cabeza hasta llegar a la boca de metro, por la que desapareció, pero ya no me atreví a continuar siguiéndola. Me quedé un buen rato agarrado a una señal de tráfico y me acordé de pronto que dentro de un par de días tenía un examen. Todavía desconocía la frase de Neruda: "Es tan corto el amor y tan largo el olvido".

Mayo de 2008

MOLINA ALAMEDA, MANUEL

EL TREN BAJO LA TORMENTA

Manuel Molina Alameda

Desperté sobresaltado por un ruido. Automáticamente me limpié con el dorso de la mano el hilo de saliva que humedecía un lado de la barbilla. <Menos mal que no hay nadie>, pensé para mí. Un gran resplandor iluminó todo el vagón por la parte de la derecha y volví a escuchar el sonido que me había despertado. Cuando subí al tren caía una leve llovizna, ahora sin embargo, se podía escuchar cómo las gotas golpeaban con fuerza los gruesos cristales.

Puse la mano a modo de visera y acerqué la cara a la ventana, pero apenas conseguí adivinar la silueta del terreno. Fuera estaba muy oscuro. Sin duda me había echado una buena siesta. Miré el reloj y tuve un gran sobresalto al ver la posición de las agujas. <No es posible, debería haber llegado ya>.

En el indicador luminoso, números y letras pasaban intermitentes sin sentido y sin anunciar la próxima parada, ni la hora; estaba estropeado. <Joder, cómo se me ha podido pasar la parada; si que he dormido profundamente>. Abrí el libro que había en mi regazo para sacar el billete de tren que había colocado a modo de marcapáginas. La hora de llegada sobrepasaba la del reloj más de veinte minutos. Volví a mirar por encima de los asientos hacia delante, también hacia atrás. <Que raro... no hay nadie>. Mi preocupación iba en aumento.

Me cambié al asiento contiguo al pasillo para poder ver a través de los cristales de la puerta que separaba el vagón por la parte de delante, al poco el tren tomó una curva, con lo que tuve una visión más completa del vagón anterior; parecía que también estaba vacío. <Esto debe ser una broma>.

Recordaba perfectamente que en el tren había más gente. Dos chicas muy guapas que se sentaron cerca de la puerta y a una madre con su hijo pequeño que estaban sentados cerca. Todavía tenía en los oídos la jodida cancioncilla infantil del muñeco con el que jugueteaba y que me sobresaltaba cuando estaba durmiéndome. También creía recordar que el tren había parado una o dos veces en otras estaciones.

Sin pensármelo dos veces me dirigí al vagón posterior con la excusa de ir al servicio, pero sobre todo, con la esperanza de encontrar al revisor o algún viajero que me explicara por donde íbamos.

Al entrar, otro relámpago iluminó el vagón, a la vez que las luces fluorescentes del techo se apagaban. Debíamos estar debajo de la tormenta, porque el estruendo casi coincidió con la luz de la descarga. Extendí la mirada a lo largo de los asientos, iluminados ahora sólo por las luces de emergencia... <nadie>. Me sacudí el escalofrío que recorría mi cuerpo avanzando rápido hacia el vagón de cola. Al pasar junto a las puertas de los aseos las luces se volvieron a iluminar, pero hice caso omiso a mis necesidades fisiológicas, pendiente sólo de encontrar a alguien; de encontrar una explicación. Llegué al último vagón. Otro relámpago y otro apagón. Permanecía paralizado en mitad del pasillo iluminado por la luz de emergencia situada por detrás; casi sobre mi cabeza, no parecía yo, sino mi sombra dividida desde dos ángulos en mitad de la escasa luz. La puerta se cerró a mi espalda con un ruido sordo. Una angustia que nunca había conocido se desbordaba por mi garganta. No había forma humana que

asomara por encima de los asientos. Un rayo quebró la oscuridad del cielo por mi izquierda sacándome de mi ensimismamiento. <Es un mal sueño, tiene que ser una pesadilla>.

Giré sobre mis talones para volver corriendo por donde había venido iluminado únicamente por las luces de emergencia y los resplandores de la tormenta. Al pasar cerca del lugar que ocupaba contemplé lo único que no parecía formar parte del tren: mi vieja mochila en el portamaletas superior.

Cuando llegué al primer vagón frené mi carrera y me acerqué más tranquilo a la puerta del maquinista, la única puerta que se interponía en mi angustia. Justo cuando levanté el puño para llamar tuve que abrir la mano para sujetarme; la fuerza de la inercia me empujaba hacia delante. El tren estaba frenando. Me acerqué a la ventana para reconocer unos edificios a través de la lluvia, pero lo que hizo cambiar mi sentimiento de angustia por el de alivio, fue el cartel luminoso con el nombre de mi destino que pasó rápido hacia atrás por las ventanas.

Otra vez volví sobre mis pasos para coger la mochila, con la esperanza de salir cuanto antes del tren. Por la puerta contemplé a mi padre despidiéndose de un hombre con el escudo de la compañía de ferrocarril impreso en la espalda de su chubasquero. Sin pensarlo dos veces salté al andén, recibiendo al agua de lluvia como una infusión relajante. Mi padre fue a darme dos besos, pero yo me anticipé con un fuerte abrazo.

–Pensaba que ya no llegabas, o que el tren se había averiado en mitad de la sierra. El operario de la estación me ha dicho que había problemas en el fluido eléctrico por la tormenta, y que por eso ha llegado con retraso.

–Ya... estaba empezando a preocuparme, –dije con media sonrisa.

–Por cierto, ¿has venido sólo? No se ha bajado nadie más.

El operario del chubasquero alzó una especie de paleta reflectante y el tren se puso de nuevo en marcha, dispuesto a internarse en la oscuridad difusa de la lluvia.

Ya me acercaba a la puerta de la estación, pero, no sé por qué, antes de salir del andén giré la cabeza y mi corazón dio un vuelco. A través de una de las ventanillas del último vagón se distinguía la silueta de una persona.

El tren continuó su camino adentrándose en la tormenta.

Úbeda, mayo de 2008

UNA RECETA SOSPECHOSA

Manuel Molina Alameda

Pepillo entra en la farmacia con un chaquetón mugriento que le queda grande. Al acercarse al mostrador se quita la gorra y muestra una cabeza afeitada y sudorosa, de la nuca le sale una mata de pelo rasta. Su rostro se inclina hacia delante, como si le saliera del pecho. A pesar de la cómoda luz de los halógenos no se quita las gafas de sol.

En la rebotica, haciendo señas con la mirada, Mari Carmen le comenta a su compañera:

–¡Qué raro!, otra vez viene Pepillo por las medicinas, y su madre sin dar señales de vida desde hace dos meses. Entre éste y el drogata del hermano seguro que le han hecho algo. ¡Maaadre mía!, mira que pintas trae.

–No digas tonterías –le replica Charo, la farmacéutica adjunta.

–Lo que yo te diga. La última vez que vino la madre me dijo que ya no sabía lo que iba a hacer con sus hijos. Entre el chico, que le roba el dinero y éste, que es esquizofrénico. Por lo visto ya le ha pegado más de una vez cuando le dan las crisis.

–Pobrecilla, ahora que lo dices, un día vino con un brazo lleno de cardenales. Deja, que salgo yo a atenderlo –responde su compañera.

Pepillo espera en el mostrador con una receta en su mano sucia llena de oscuras zarpas.

–Hola José –saluda amablemente Charo–. ¿Ya se te han acabado las medicinas?

Pepillo, sin responder, acerca su temblorosa receta a Charo.

–¿Cómo está tu madre? –pregunta Charo con toda la intención–. Ya no viene a por vuestras medicinas como hacía antes.

–Es que está muy mal con las piernas –responde Pepillo dubitativo, para añadir rápido–. El médico le ha mandado reposo.

Charo coge la arrugada receta como si le fuera a morder y frunce el ceño al leer.

–Pepillo, no te puedo dar la medicación. El médico no te ha puesto la dosis. ¿Por qué no...

–¿Cómo que no me puedes dar la medicación? –Interrumpe colérico Pepillo– ¿Qué dosis ni que hostia?

–Pepillo se quita las gafas de sol, muestra unos ojos vidriosos inyectados en sangre y da un fuerte palmetazo en el mostrador con la mano libre.

La pobre Charo, totalmente atemorizada ante esa mirada se queda sin habla. Pepillo mantiene tensas las mandíbulas.

–¿Qué pasa? Como estoy loco me queréis engañar, ¿no? –Sigue gritando Pepillo. <Si pudiera te arrancaba la cabeza ahora mismo, maldita puta> Piensa para sí. <Otra como mi madre, que se cree que puede engañarme y hacer conmigo lo que quiera>.

–¡Eh! ¿Qué pasa aquí? –Se le encara el dueño de la farmacia saliendo de la rebotica–. Venga hombre, ¿quieres que llame a la policía? Vuelve al médico y le dices que te ponga la dosis, y cuando la tengas te damos el medicamento sin problemas, ¿vale?

Tras unos segundos de tensión, la mirada amenazante de Pepillo desaparece.

–Hombre... nosotros no tenemos la culpa. –El hombre intenta calmar a Pepillo.– ¿Te estás tomando bien la medicación? A ver si la próxima vez puede venir tu madre.

–No creo... sí... sí... –balbucea Pepillo. Más tranquilo añade:– Perdona... vale, vale... perdona. –
Arranca la receta de las manos de Charo y vuelve sobre sus pasos como si nada hubiera pasado.

Al mismo tiempo, en un barrio cercano, dos jóvenes intentan arreglar el coche junto a la vieja casa en la que Pepillo vive con su madre.

–¿Has liado ya el canuto? –pregunta el que tiene medio cuerpo debajo del capó del coche.

–Siii, espera que le dé unas caladas. Tu estate a lo tuyo –responde es que está sentado en el asiento del conductor, moviendo la cabeza al ritmo de la música.

De una casa, al otro lado de la calle, sale una mujer mayor que se dirige hacia ellos, lentamente, balanceándose con la ayuda de un bastón. La mujer habla, pero para el que está sentado dentro del coche sólo mueve los labios. Tras bajar la música pregunta. –¿Qué dice Hortensia?

–Que digo, que si habéis visto salir a alguien de la casa.

–No, en el rato que llevamos aquí no ha salido nadie.

–Qué raro –comenta para sí la anciana. Sin hacerles caso rodea el coche lentamente al compás del bastón dirigiéndose hacia la vieja casa. Presiona el pequeño botón del timbre junto a la desconchada puerta y espera la respuesta. Tras unos segundos vuelve a insistir sin éxito.

Hortensia no sabe lo que hacer, mira hacia la calle dispuesta a marcharse, pero se gira para hacer un nuevo intento. Antes de presionar el timbre acerca el oído a la puerta de la casa, en busca de sonidos procedentes del interior, para retirarlo bruscamente con expresión de asco.

Hortensia se vuelve con dificultad hacia los jóvenes. –¿No oléis mal?

–Eso le he dicho a éste hace un rato, que huele a podrido –responde el que tenía el cuerpo entre las fauces del coche.

Hortensia acerca el rostro a la puerta y olfatea el aire como un perro de caza. Otra vez lo retira rápido con la misma expresión dibujada en su cara.

–Ha podrido no hijo, huele a algo muerto. Y creo que sale de la casa –.La mujer le hace gestos para que se acerque a la puerta.

El muchacho que está delante del coche se acerca a la puerta limpiándose las manos en una toalla vieja.

–Es verdad –. Dice poniendo el mismo gesto de asco, con el dorso de la mano bajo la nariz.

Entonces Hortensia se santigua.

–Nenes llamad a la policía.

Úbeda, julio de 2008

PEÑA ARDOY, PEPI

SENSACIONES

P.Peña Ardoy

Era una tarde de primavera. La ciudad despertaba de un letargo invernal y se volvía alegre y bulliciosa.

El aroma de azahar y jazmín se mezclaban despertando el amor y los deseos en los corazones.

El parque estaba muy concurrido. Unas parejas observaban la puesta de sol. Otros jóvenes recorrían los jardines sonriendo, como esperando las promesas de la vida.

Los árboles se cubrían de flores. Los pajarillos revoloteaban de unos a otros anunciando el devenir de nuevos acontecimientos.

Una mujer solitaria elevaba su mirada como perdida en el horizonte, con la fragilidad de ser anciana con una fuerza sin tiempo en el pensamiento.

La vida es un camino de errores y todos nos equivocamos puesto que nuestra vista llega solamente a un punto que no atraviesa objetos ni supera horizontes.

“Nos encontramos delante de las cosas, no logramos verlas, ésta es la locura de la vida, tanta lucha y luego nada”. Me decía.

Yo no esperaba tanta lucidez y sabiduría.

Ella había confiado en el tiempo y una vez más la había traicionado. Percibía su satisfacción ante mi reacción madura y quieta.

Sus sueños pasaron, ya no tenía prisa. Yo respiré el aroma de las flores, que el viento levantaba, contagiada de su calma.

Comprendí que dentro de mí no había espacio para el vacío y me sentía feliz. Podía tocar las plantas, las flores, el agua y hasta el amor...

SU VIDA EN UN ESPEJO

P. Peña Ardoy

Elisa miró el reloj y salió precipitadamente. Cuando llegó a la estación vio como el tranvía se alejaba emitiendo el silbido que le era tan familiar.

Desorientada se fue hacia el lavabo, buscando un chorro de agua que le refrescara la cara. Al levantarla contempló su rostro en el espejo, estaba pálida. Sus ojos expresaban la decepción y amargura que arrastraba hacía unos meses.

Su matrimonio transitaba por una órbita de ausencias y soledad que la consumía.

Las formas cambiantes de su vida se entremezclaban unas con otras. Tenía que poner orden en sus actos y sentimientos pero no acertaba como. De pronto recordó la escena de una película que transcurría a través de un espejo.

Eso haría, esa misma noche hablaría con él. Sé lo preguntaría. Seguro que llegado el momento no tendría valor pero, refugiada en la oscuridad le sería más fácil.

Decidida y serena le esperó sentada en un ángulo de la habitación donde miraba aquel espejo que reflejaba sus vidas, que había sido testigo de tantos de sueños y momentos felices.

Cuando él apareció, su cara lo decía todo. Ella le dijo: Es muy tarde. Es culpa del trabajo contestó; con ese cinismo propio del mejor actor metido en otra película.

Sé que tienes una amante. Pronunció éstas palabras protegida por el silencio de la noche. Él lo negó indiferente para después llamarla loca. Las lágrimas corrieron por sus mejillas fundiéndose quizás con su corazón desecho. Volvió a mirarse en el espejo, pensó: duele, pero ahora sí que estoy viva.

Recuperada su dignidad y una nueva ilusión algunas veces deambula por los recuerdos y siempre tiene a su lado un espejo que le diga que hay que conquistar cada instante de la vida.